

LA HUELLA DE CY TWOMBLY

V. Bozal

Huellas

Huellas y rastros, huellas del que pasó y dejó su recuerdo en la pared, maculada, en la pizarra, huellas de palabras y letras, de afirmaciones, restos y desechos. Huellas de estilos y movimientos, de la pintura de acción, del art brut, del expresionismo abstracto... Rastro de la mano, de quien se ha apoyado sobre la superficie, del que la ha arañado, rastro de pisadas perdidas e intrascendentes, rastro de uno mismo, del gesto, del movimiento que la mano imprime al pincel, del yeso que quedó entre los dedos al hacer el fondo, rastro del cuerpo y de su presencia, el rastro de la pintura como pintura, la acción de pintar como imagen.

Huellas del pasado, palabras que lo reclaman, lo traen al presente, a nosotros, luz y superficie, quizá sólo un garabato que lo recuerda, insinuándolo. Presencia de los restos de la materia, en el empastado, en los papeles pegados y rasgados, en la pintura, en las superficies, en las dimensiones, en el fondo —a veces esa pizarra mal borrada que queda en sus cuadros para siempre—. Materia y restos, tal es lo que queda de la naturaleza y ése es el diálogo del pintor con ella.

Hacer un repertorio de huellas y descubrirlo otra vez, siempre. El indicio no envía a parte alguna que no sea él mismo, sin dejar de ser indicio, es decir, sin dejar de enviar a otra parte.

El anhelo de la escritura

La palabra es una de las grandes tentaciones de la pintura contemporánea. Ella también quiere decir y también, como la palabra, desea reducir el mundo a su ámbito: todo ha de poder ser «dicho» mediante las imágenes, incluso las palabras. Palabras aparecen en los cua-

dros de la vanguardia contemporánea y una letra puede expresar todo el misterio en un cuadro de Klee. Palabras, frases enteras se deslizan sobre la superficie pictórica sin poder desprenderse de lo que son, lenguaje, sin poder transformarse plenamente en lo que ya son, imágenes, y así «decir» de otra manera.

La fecha se convierte en un componente del icono, y la firma, y la palabra, casi sólo presentida, de la que sólo queda el rastro... Y todas estas escrituras impregnan aquellas formas que pertenecen a otros ámbitos y parecen transmitirles también ese deseo: han de decir.

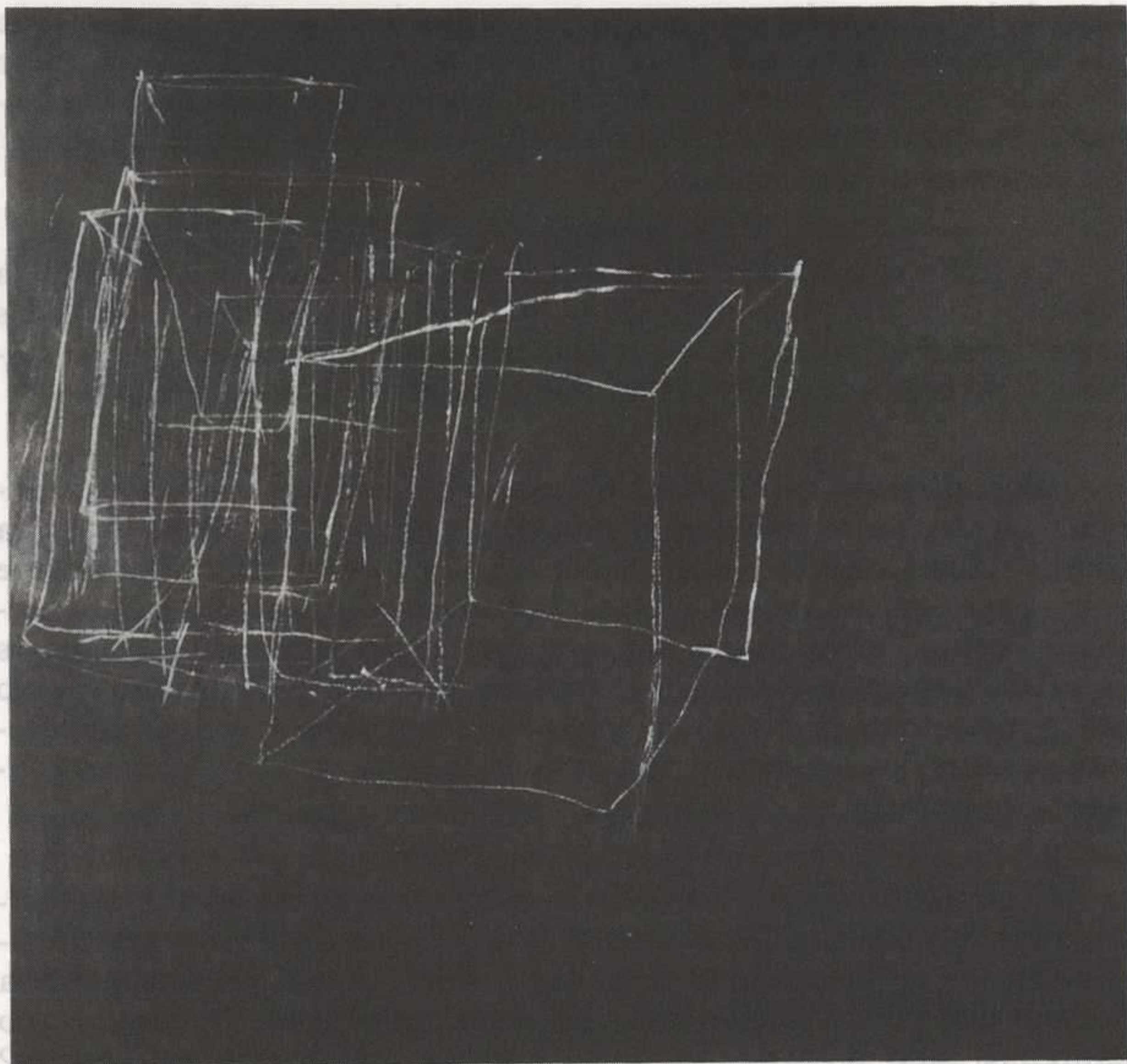
El garabato sobre la pared, el rastro de una mano o una pisada anhelan la escritura, *anhelan el sentido lingüístico*, ha dicho Roberta Smith al hablar de Twombly. No lo sé con claridad. No es claramente como expresan ese anhelo, pero sí el de ser escritura y conservarse, entonces, como imágenes que son, a la vez, lenguaje. Ante los garabatos simulamos ser arqueólogos ingenuos que pretendemos averiguar si lo que se nos ofrece pertenece al reino de la escritura, y cuando intentamos descifrarlos quedamos inmersos en la imagen: el anhelo nos conduce a la pintura.

El garabato valora el espacio en el que se inscribe, al que convierte en fondo y pintura. Pero en esta valoración se reclama —¿paradójicamente?— de la escritura a la que remite: puede ser una palabra borrosa que vemos malamente, quizá sus restos sobre la pared... ¿no habremos sido nosotros los que la hemos convertido en pintura?

Apolo y el artista

Leo el nombre y veo la imagen y entre ambos establezco una relación visual: las letras, **Apolo**, se convierten en imagen y participan en su claridad. Empiezan siendo grafía, atiendo a la forma de la A y de la O, de la L, de la P, observo su color, establezco la oportuna distancia con ese otro mismo nombre, ese otro **Apolo** que está detrás, en segundo plano, y con las otras letras y números que pueblan la superficie, y con la flecha que indica medidas y los torpes dibujos geométricos, en las firmas, en la fecha.

Valoro el nombre articulándolo con otras grafías y otras manchas, incorporándolo así al mundo de la imagen, y lo valoro en el contraste espacial con las incidencias de la textura, el aspecto del fondo, y las masas que se construyen, rectangulares, superpuestas, en la superficie. Y es entonces cuando advierto el destacar sobre la luz, y los diversos



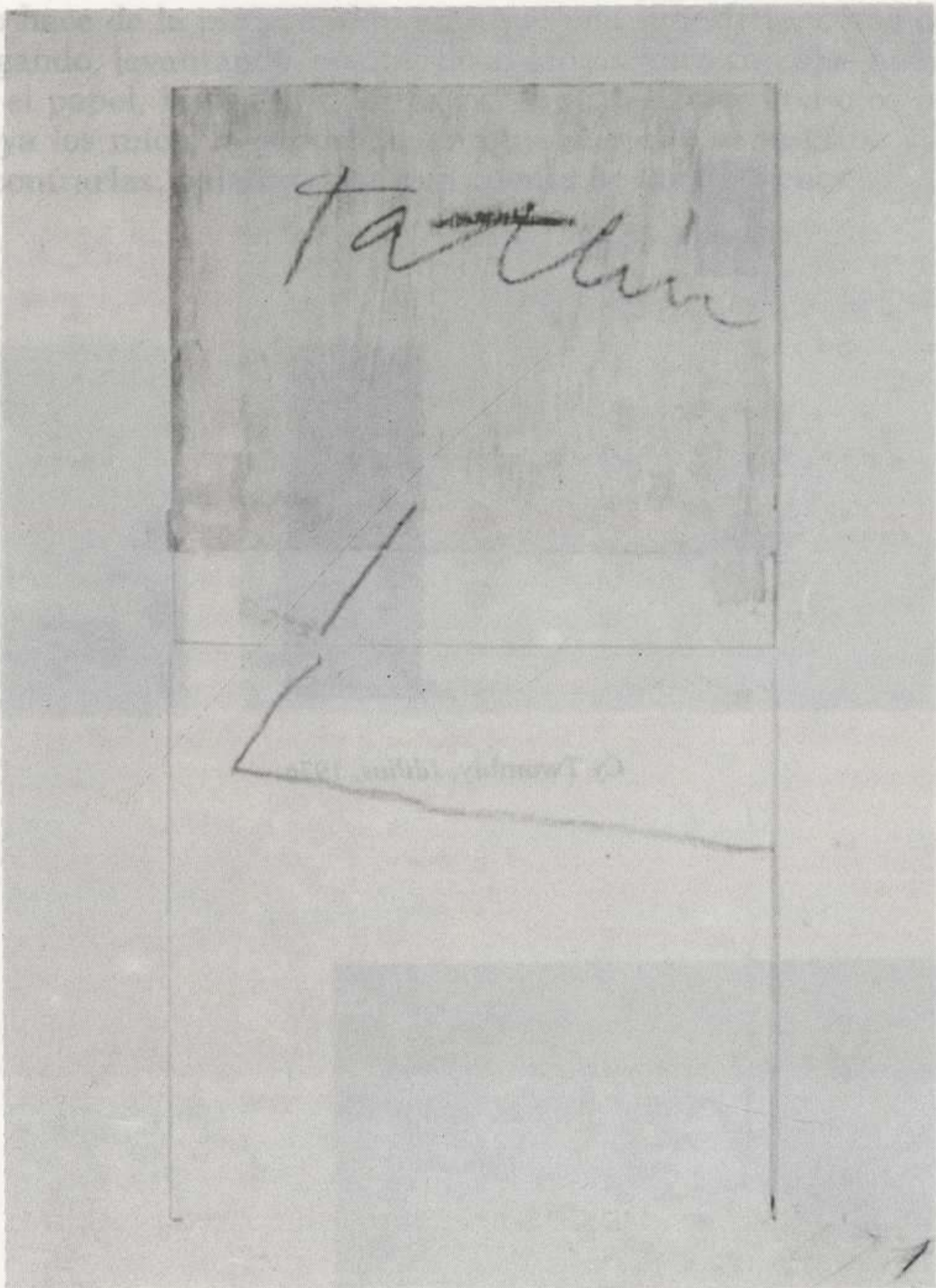
Cy Twombly, *Ronda nocturna*, 1966.

rastros que la luminosidad de este cuadro, una pared inventada, acoge como si fueran suyos.

El nombre no es más que otro rastro, la huella de una civilización antigua, de una divinidad que posee esa luz. Y la flor que adivino en el garabato inferior complementa, como certificándola, aquella apreciación. Eco de un mundo clásico y luminoso, de una divinidad perfecta, la palabra recobra su sentido propio, que no ha abandonado nunca, pero que fue olvidado, y ahora es **imaginada**: imagen de un mundo en su eco visual.

Tatlin

Nunca vi a Tatlin, pero he podido recordarle en esta imagen: el nombre, pero ante todo la superficie en la que se define y, sobre todo,

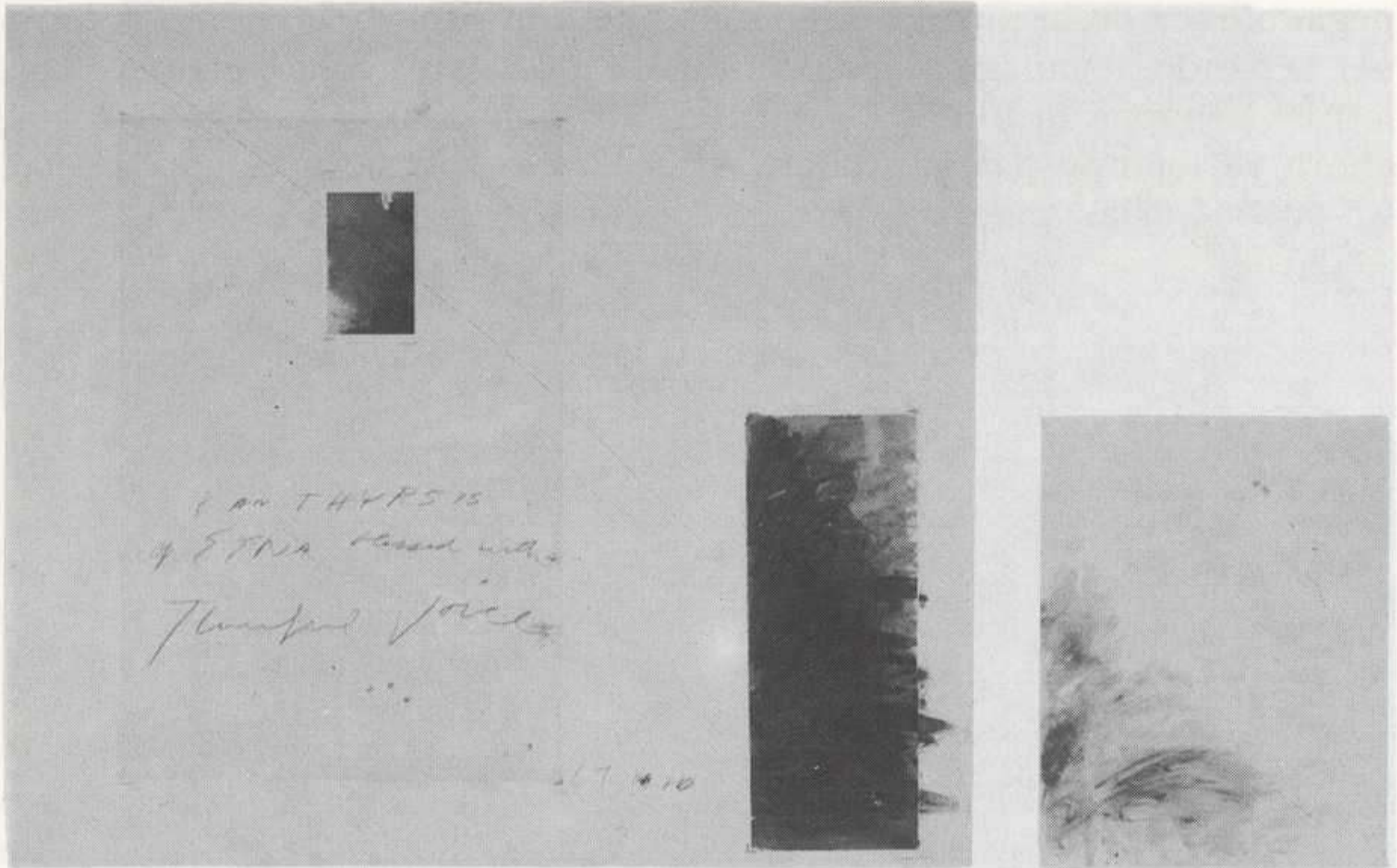


Cy Twombly, *A. Tatlin*, 1974.

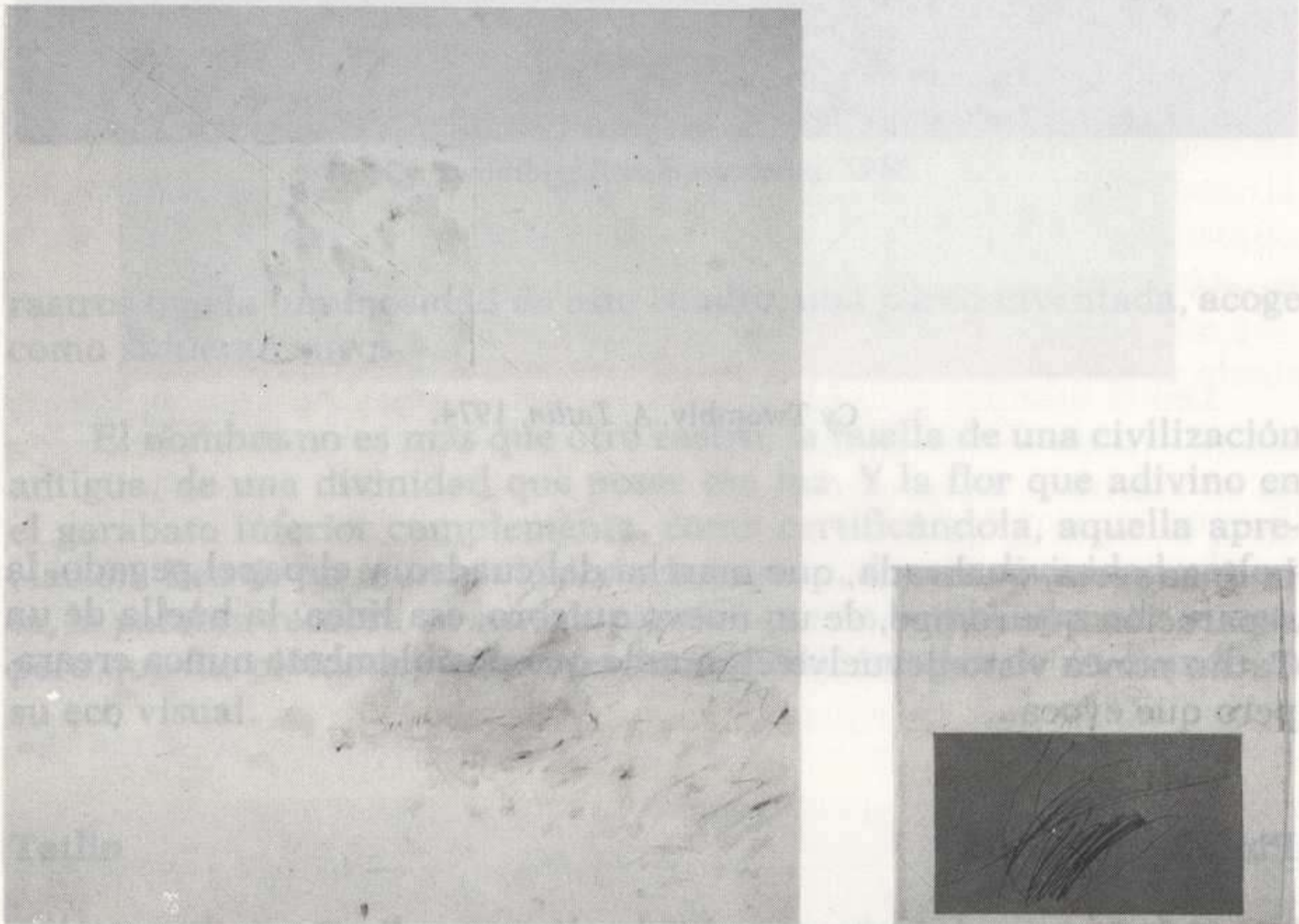
la línea recta, quebrada, que marcha del cuadro, y el papel pegado, la separación que rompe, de un nuevo quiebro, esa línea: la huella de un Tatlin nunca visto devuelve el mundo que posiblemente nunca creara, pero que evoca...

Pinturas naturales

Papel que se levanta o un verde al que me he acercado excesivamente: la repetición del motivo alumbró una imagen nueva y el papel



Cy Twombly, *Idilios*, 1976.



Cy Twombly, *Leda y el cisne*, 1976.

pegado hace de la pintura algo más que una superficie: cómo componer pegando, levantando, colocando al lado... Miro con ojos nuevos las letras, el papel, la pintura, las rayas, la firma, miro con ojos nuevos, ahora ya los míos, la superficie en que todo ello se inscribe y busco, sin encontrarlas, palabras que den cuenta de las imágenes.